



Diego Petersen Farah

Cadáver el de Juárez

Mecostómuchotiempo entender por qué, allá en los echeverristas años setenta (cuando en las dependencias públicas contestaban: "oficina del licenciado Rodríguez, año de Juárez, buenas tardes"), los maestros de primaria del colegio marista donde yo estudiaba celebraban tanto la llegada de la primavera. La celebración del 21 de marzo era como si realmente algo cambiara ese día. Se nos decía que la primavera marcaba el fin del invierno, la llegada de las flores, hablaban del comienzo del ciclo productivo y omitían lo del reproductivo. Todo lo cual era cierto, para Europa y el norte del continente americano. Pero en Guadalajara el invierno duraba, y dura, lo que dura una gripa, tres días, y esto puede ser en diciembre, enero o febrero, después de lo cual comenzaba, comienza, un calor insoportable, acompañado de unos vientos terrosos que llamamos aeronazos. Con la llegada de la primavera se pierden además los últimos manchones verdes del campo para tomar todo un color dorado de sol parejo que ya quisiera Bo Derek (perdón otra vez por la referencia setentera, pero esa fue la primera mujer que vi bronceada pareja de cabo a rabo y donde lo de rabo es literal). Lo único grandioso de esta estación del año en Guadalajara son los árboles, las primaveras, amarillas y rosas, que comienzan a florear en febrero, y después las jacarandas moradas. La floración de las primaveras y las jacarandas son todavía el mejor espectáculo que se produce en esta ciudad.

Las celebraciones del día de la primavera en los colegios confesionales eran y son lo más cursi del mundo. Niños vestidos de florecitas, pajar-

tos o leopardos, niñas convertidas en troncos de árbol y "recitaciones" (que no poemas) horribles, son los elementos comunes a las celebraciones del 21 de marzo. Muchos años después entendí que el objetivo de celebrar la llegada de la primavera, y no la del otoño, el verano o el invierno, no era otro que opacar, en la medida de lo posible, la celebración oficial del Benemérito de las Américas, don Benito Juárez García, a quien tanto recelo le tenían curas, hermanos y monjas que, ciento y cacho años después, todavía vivían con la sensación de que el oaxaqueño les había robado algo. También entendí, con los años, la importante contribución que la celebración del día de la primavera en las escuelas privadas han tenido como inspirador de siempre florido y creativo desfile gay.

La celebración oficial del día de Juárez no es menos cursi ni menos fanática que el de la primavera. El pastorcito

de San Pablo Guelatao, que aparecía en los libros de primaria y por imitación en los "cuadros vivientes" que organizaban las maestras, con una flautita de carrizo cuidando borreguitos, es una imagen digna de un nacimiento de Tlaquepaque. Al pobre don Benito lo estigmatizaron para siempre y hoy la flauta de carrizo del niño Benito se da el quién vive con la varita de nardo del incomprendido y andrógino San José. Flaco favor le hicieron a ambos.

En la religión de la patria, como en todo sistema de creencia, hay clases y castas. En México los héroes se dividen en dos: los héroes que nos

dieron puente, y *all others* (como en la fila de migración gringa). Los que nos dieron puente son: Venustiano Carranza, en nombre de todos los que hicieron la Constitución de 1917, el cura Hidalgo, Francisco I. Madero y por supuesto, Benito Juárez. Los demás quedaron relegados a estatua de bronce (y como es bien sabido, héroe que nace para estatua, no pasa del camellón). Pero aún dentro de la casta de los héroes que nos dieron puente hay una diferencia sustancial entre el reformador y el resto. Todos fueros mitificados, Juárez además fue mistificado.

En la mitificación de Juárez perdimos al don Benito de carne y hueso, que era un político inteligente, calculador, taimado y oportunista. Encapsulado en la frase "el respeto al derecho ajeno es la paz" se olvida al Juárez estratega, visionario y echado para adelante. Además de su vocación justiciera y pacifista, el oaxaqueño tenía también una vocación de dictador tan grande como la de su paisano Porfirio Díaz. Para mayor gloria de Juárez y de la patria, don Benito se murió a tiempo, antes de ver realizados sus anhelos de permanencia en el poder (nos hace falta una película que se llame *La última tentación de Juárez*).

Pero si la mitificación es terrible, la mistificación lo es todavía más. Tan absurda como la intención de los curas de opacar con la celebración de la primavera el día de don Benito es que la religión de la patria haya querido equiparar, en la forma de rendirle culto, al niño de Guelatao con una divinidad. En los calendarios litúrgicos del catolicismo y del laicismo a la mexicana sólo se celebran dos nacimientos: el del niño Jesús, la Navidad (que curiosamente festejamos en lo que fue la fiesta pagana del solsticio de invierno) y el de don



Benito Juárez, que coincide con la el equinoccio de primavera. Ningún otro héroe de la patria es recordado por el día de su nacimiento. La diferencia no es menor. De los otros héroes recordamos sus acciones: A Hi-

algo lo celebramos el día del Grito de Independencia; a Madero en el alzamiento revolucionario; a Lázaro Cárdenas el día la nacionalización del petróleo, etcétera. A Juárez lo feste-

jamos el día de su nacimiento, porque de él no sólo conmemoramos sus acciones, celebramos el hecho mismo de su existencia. Ya lo dice la sabiduría popular: cadáver el de Juárez, los demás son pinches muertos. Amén. ■M diego.petersen@milenio.com

Además de su vocación justiciera y pacifista, el oaxaqueño tenía también una vocación de dictador tan grande como la de su paisano Porfirio Díaz. Para mayor gloria de Juárez y de la patria, don Benito se murió a tiempo, antes de ver realizados sus anhelos de permanencia en el poder

